



Somos luz y esperanza en el sufrimiento

Angelina Prenafeta

El profesional sanitario cristiano tiene una gran misión: aportar luz y esperanza a los enfermos que tiene encomendados, que viven situaciones a veces muy duras y difíciles, y ser para ellos presencia viva del Dios sanador.

El enfermo se da cuenta de que la curva de su existencia ha cambiado de trayectoria, quedando situado ante una nueva dimensión donde descubre la otra cara de la vida, el otro lado de la existencia. Es un lado oculto, doloroso, inédito, pero real, ante el cual se siente una natural repulsión, un fuerte rechazo. Porque el sufrimiento es la realidad más sensible. Nada tiene tanta fuerza como el dolor, que cautiva todos los sentidos, todos los pensamientos, todos los silencios. Nada apresa tanto la atención del hombre como el sufrimiento.

Si la persona recibe ayuda adecuada, podrá situarse positivamente ante él, familiarizándose con su realidad, aprendiendo a no rebelarse, a aceptarlo, hasta extraer de él, pacientemente, una noble experiencia. Porque el sufrimiento es un maestro invisible, un agente pedagógico enigmático, que enseña de manera silenciosa y escondida, ayudando a crecer como persona.

Tiene una dimensión trascendente, porque lleva implícito un interrogante que trasciende los límites de la conciencia y sitúa la persona con lo que está más allá de su alcance. Así permite hacer una incursión hacia el interior, hacia el misterio de la propia soledad, que puede llegar a descubrirse como el lugar de una Presencia.

El sufrimiento es un camino de maduración

Si maduramos cuando nos interiorizamos, el sufrimiento aceptado es un agente enriquecedor. Es el artífice de la reflexión profunda sobre el sentido real de la vida. Revela nuestra radical limitación. Por eso quien ha sufrido, ve la vida con otros ojos.

Ser maduro significa aceptar la realidad tal como es, afrontarla con dignidad y luchar en consecuencia. Es maduro el enfermo que después de haber hecho todo lo posible para vencer su enfermedad asume su estado con humildad.

El enfermo se da cuenta entonces de que realmente está en el límite de sus posibilidades, que depende totalmente de los demás, que se encuentra ante unas condiciones que le son impuestas, pero hay algo importante que puede descubrir: todo ello no afecta su libertad interior. El puede en cada momento decidir qué actitud adoptará ante aquella situación de extrema dependencia. La aceptación o el rechazo dependen de su disposición interior.

Un sufrimiento que se asume desde la libertad, se pacifica, se descubre que tiene un sentido, permite ver que se ofrece a la persona como posibilidad. Lo que nos hace sufrir es la no aceptación, que genera rebelión y crea un gran vacío que no contribuye a construir mi vida y puede contrariamente destruirla. En realidad, la rebelión es un infantilismo. Podemos acompañar al enfermo en este proceso interno de maduración.

Seguramente en vuestro trato con los enfermos os encontrareis con muchas preguntas acerca del dolor, del "por qué me pasa esto a mí". Y no es fácil responder estos interrogantes, porque no hay respuestas. El sufrimiento es realmente un misterio. Jesús nunca responde al "por qué" del dolor, sino que apunta al "para qué". Ante el dolor, Jesús no habla, actúa, haciendo todo lo posible para hacerlo desaparecer. Sólo después de hacer todo lo posible para hacer desaparecer el sufrimiento, podemos hablar de aceptación.

La respuesta a la pregunta sobre el por qué del sufrimiento es siempre una respuesta muda. Pero es la única que tiene sentido. Ante el misterio del dolor la actitud más adecuada es el silencio. Un silencio atento, respetuoso y compasivo, que se sitúa en la órbita del sufrimiento, entrando en comunión con el dolor del otro. Como dice un autor alemán: *"Si el hecho de sufrir tiene sentido, también lo tiene el de compartir el sufrimiento, la compasión. Y así como el sufrir es mudo, también lo es el compadecerse. El lenguaje tiene límites, el silencio no"*.

Todos tenemos experiencia de que muchas veces sobra la palabra, porque resulta inoportuna, superficial y a veces autosuficiente. El silencio en cambio, es humilde, no tiene pretensiones, y sobretodo es respetuoso ante aquello que no conoce. Cada realidad tiene un registro particular, cada persona merece un trato propio y singular, que la persona interiorizada sabe encontrar. A través del silencio se establece una comunicación profunda entre el que sufre y el que lo comparte. El silencio mueve las miradas, las sonrisas, los gestos, que en realidad serán la pausa necesaria para volver a callar.

Podremos entrar en esta comunicación profunda con las personas con las que tratamos, si el silencio orante está arraigado en nosotros. Vuestra dedicación como profesionales sanitarios puede abrirnos un abanico inmenso de posibilidades para una entrega realmente comunicadora de vida. Al propio tiempo de que puede ser el gran impulso para vuestra oración, equilibrando el movimiento pendular interno: *cuanto más vayamos a los hermanos, más necesitaremos la conexión con Dios, y cuanto más oremos, más vitalidad tendrá nuestra entrega.*